



Quiéreme
siempre
Núria
Gago

 Planeta

Premio Azorín de Novela 2018

Nuria Gago



Quiéreme siempre

Premio Azorín de Novela 2018

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Nuria Gago Roca, 2018

Autora representada por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Extracto de la letra de la canción «Años 80» de página 133:

Letra y música: Ferreiro / Román / Álvarez / Fernández / Serén

© Copyright Warner / Chappell Music Spain, S. A.

Extracto de la letra de la canción «Lo siento mi amor» de página 233:

© by Manuel Alejandro. Universal Music Publishing, S. L.

Extracto de la letra de la canción «Eres tú» de página 273:

© by Juan Carlos Calderón López de Arroyabe. Universal Music Publishing, S. L.

Extracto de la letra de la canción «Berlín» de página 315:

Letra y música: Malla

© Copyright Warner / Chappell Music Spain, S. A.

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2018

Tercera impresión: mayo de 2018

Depósito legal: B. 5.864-2018

ISBN: 978-84-08-19123-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de las letras de las obras musicales que acompañan esta obra, manifiesta la reserva de derechos de las mismas y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones

Fue el día que hubo la fiesta en casa de Juliette. Era imposible no darse cuenta. Esa noche ya no pudo seguir sosteniendo su argumento de «noseaspesadaessolounaamiga», ya no había cojones para seguir tratándome de loca. Se miraban y se devoraban. Yo creo que hasta algunos de sus amigos sintieron una compasión profunda por mí. Creo incluso que en algún momento Anne se planteó levantarse y partírles la cara. No me parece una idea tan descabellada. A Anne siempre le caí bien. Yaquello era horroroso.

Me levanté dos veces para ir al baño, me miraba fijamente en el espejo y me repetía a mí misma: «En serio, son tus paranoias de siempre, para tu cabeza, para, párala».

Me costaba mucho trabajo pararla. Veía cómo Aline mandaba wasaps sonriendo como una gilipollas, y a mi lado, el móvil de Paul vibraba, porque el muy desgraciado le había quitado el sonido. Y lo leía y se reía también. Y yo me volvía a levantar y me volvía a hacer una sesión de *coaching* frente al espejo.

Anne llamó a la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí, Anne, gracias.

Hubiera podido abrazarme a ella y llorar desconsolada. Pero me contuve. Estaba muy sola. Era su pandilla. A ver, también eran mis amigos, pero era su pandilla. Oja-

lá Agathe hubiera estado ahí en ese momento, con ella a mi lado me habría sentido más fuerte, pero Agathe no estaba.

André pasó por el pasillo gritando y saltando, es un borracho total. Creo que solo le he visto pedo. Se acercó, nos rodeó con sus brazos por las nuca y jaleó como si fuéramos un equipo de rugby. Anne me miró con cara de «vaya panorama», yo le medio sonreí, o al menos lo intenté.

En el salón ya había una humareda considerable. Los franceses fuman como carreteros. Al principio me parecía todo muy sexi. Esa noche me pareció asqueroso. Me olía fatal el pelo. Quería irme a casa, ducharme y meterme en la cama con Paul.

Se lo dije, flojo, al oído.

—Yo voy a salir.

Fue la frase más larga que me había dirigido hasta el momento. Casi me emociono si no llega a ser porque, en realidad, tenía ganas de pegarle una patada. Literalmente. En mi cabeza se la pegué.

Bebí dos copas de vino más. Me despedí de todos. Algunos de sus amigos me caían bien, en ese momento me dio pena que perdieran el tiempo con un idiota como Paul. Juliette me acompañó a la puerta.

—¿Seguro que no te gustan unos *dancings*?

Era una especie de duende grunge. Los trapos más roñosos le sentaban de fábula. Apenas se peinaba y siempre llevaba los labios pintados de ese rojo vino que la hacía irresistible.

Siempre se esforzó por hablar castellano conmigo. Era una buena tía. Y cuando no sabía decirlo en español, pues se pasaba al inglés. «Así practico.» Pero ella no necesitaba practicar nada. Ya lo he dicho, era buena tía, y punto.

—Seguro.

Me metí en el metro. Lo bueno del metro de París es que siempre hay tíos guapos, lo malo es que va tan rápido que tienes que sujetarte fuerte para no estamparte contra algo en los frenazos. Busqué al chico más guapo. Me agarré a la barra a la que él se agarraba. Me dejé llevar en los frenazos. Me estampé contra su pecho. Olí fuerte su perfume. Nos sonreímos, bueno, yo le sonreí. Quería venganza y para eso necesitaba tocar un cuerpo de tío. Creo que le hice algo de daño. Me miró muy serio.

—*Excuse moi.*

Y me senté. Y me acordé de aquella película, *Infidel*, en la que Diane Lane, después de acostarse con Olivier Martinez, vuelve a casa en metro y empieza a llorar y a reír al mismo tiempo. Se ríe acordándose de lo bonita que es Cuenca y llora de pura culpa y de nervios. Y en la peli ese es un momentazo. Pues yo hice lo mismo. Bueno, exactamente lo mismo no, porque yo no me reí. Solo lloré. De pena y de rabia. Y de miedo.

Llegué a casa y me puse el pijama. Paul y yo nos habíamos comprado unos pijamas de animales el invierno anterior. Los vi al abrir el cajón. Me acordé de ese día. Nos habían hecho tanta ilusión, ya ves tú, que nos los pusimos al llegar a casa a las cinco de la tarde. Era sábado. Y no nos los quitamos hasta el lunes siguiente. El suyo simulaba un dinosaurio, el mío una especie de mapache.

Ese fin de semana comimos pizza y japonés y nos vimos las dos temporadas de *The affair* del tirón. Pensando que aquello a nosotros no... Tuve muchas ganas de pegarle una patada otra vez. Se la di a la cómoda. Me hice daño en el pie. Volví a llorar. Llamé a Agathe. Agathe estaría durmiendo, la pobre. Lloré más. Me metí en la cama. Me dio

una especie de ataque de ansiedad. Me fumé un cigarro. Cogí mi *tablet* y me puse a buscar vídeos por internet. Me bebí otra copa de vino. Revisé si Paul se había vuelto a conectar a WhatsApp. Cero conexiones desde que yo me había ido. Lloré más. Se me cayó vino en el edredón. Me quedé embobada mirando la mancha. No hice nada. Yo soy buenísima obviando cosas que quiero obviar. Obvié la mancha. Me tapé. Y al cabo del rato, por fin, me dormí.

Sobre las siete de la mañana noté cómo Paul se metía en la cama. Me dio la espalda y cayó rendido como un bendito. Empezó a roncar a los diez minutos. Puto tabaco. Al principio no roncaba. O puede que sí. Ya no me acuerdo. Al principio...

Al principio de llegar a París yo no conocía a nadie. Estaba cansada de Barcelona. Me habían roto el corazón por tercera vez en plan salvaje y decidí irme.

Estaba aburrida de hacer extracciones para el banco de sangre. No estaba muy motivada. Había estudiado Enfermería porque mi mejor amiga estudiaba Enfermería. Yo debería haber estudiado Letras. Pero empezar sola COU me parecía el antiplán. A veces, mis argumentos para tomar decisiones pueden ser lamentables vistos con el tiempo.

Dejé el trabajo. Me tenía que ir de la casa que compartía con Eric. Mi madre se esforzó mucho en dejarme muy claro que volver a casa, aunque fuera de manera temporal, no era una buena idea. Odio reconocerlo, pero no lo era. Compartir tiempo con mi madre nunca es una buena idea. Nunca lo ha sido. Si yo fuera mi padre, me habría ido de casa hace siglos. Pero él resiste.

Pensé en la opción de irme tres meses, mis ahorros no

daban para más, estudiar algo y volver, buscar habitación e intentar entrar a trabajar en algún hospital. Pero ya estaba bien de sacar sangre.

París, yo siempre había querido ir a París. Googleé «clases de francés nivel iniciación en París» y a los cinco días aterricé en Paris-Charles de Gaulle. Y allí fui profundamente feliz. Al principio.

La escuela de idiomas se convirtió en el mejor cobijo para mi corazón destrozado. Me pasaba cinco horas al día conjugando verbos y leyendo en francés a la velocidad de un niño de párvulos, pero lejos de todo, Eric no existía. Desde el día en que lo dejamos no había vuelto a saber nada de él.

Solo tenía wifi cuando iba a la escuela y en los restaurantes donde comía o tomaba café. Los primeros días me sentía aislada del mundo, al poco, esa sensación era la mejor del universo. El tercer día le mandé un wasap, aunque en realidad no sabía muy bien qué poner.

«Me he ido a París. Te voy a bloquear en Facebook, espero que lo entiendas. Necesito hacer borrón y cuenta nueva. También voy a dejar de seguirte en Instagram. Lo entiendes, ¿verdad? Te hice una transferencia con la luz del último mes. ¿Te llegó?»

«Disfruta mucho de París. Llegó la transferencia. No te preocupes. Me parece normal. Que te vaya todo muy bien. Un abrazo. Escribiendo... Emoticono bandera de Francia.»

Un abrazo y una bandera de Francia. Le bloqueé en WhatsApp. Me pedí un café. Me sirvieron un café tan corto que me pedí otro. Los dramas de la vida moderna en el primer mundo.

Poco a poco fui cogiendo fuerza. Yo creo que el hecho de que todo fuera tan nuevo para mí hizo que la ciudad se convirtiera en una especie de tirita. Y la tirita me curó.

Hice amigos en la escuela de idiomas. Amigas, sobre todo. Al salir de clase cogía mi mapa y decidía qué parte de la ciudad me apetecía recorrer. Algunas veces me acompañaba Yin, una china de mi clase que se había mudado allí para estudiar Repostería.

No hablaba ni papa de inglés y hablaba un francés bastante lamentable, igual que yo, pero me partía de la risa con ella. En realidad, era un poco como viajar sola, porque no podíamos tener conversaciones largas. Aprendimos a desplazarnos por la ciudad en silencio. De vez en cuando nos mirábamos y nos sonreíamos.

Yin es adorable. A veces aún nos escribimos. Las dos hablamos mucho mejor francés, pero básicamente me manda fotos de los pasteles que hace en su escuela de cocina. Vive con unos primos suyos a las afueras de la ciudad. Nunca la he visto tomarse ni un solo vino. Son muy responsables los chinos.

Y luego estaba Agathe. La encargada de dar la bienvenida a los nuevos alumnos. Nos hicimos inseparables. Ella adora España y también practicaba español conmigo. Veraneaba de pequeña en Peñíscola. Es guapa y muy francesa. Yo buscaba rodearme de belleza y de todo lo más francés.

Me avisaba de todas las actividades en grupo que ofrecía la escuela. Cinefórum, jornadas gastronómicas, charlas, de todo. Y ahí conocí a Paul. Él coordinaba el aforo de las actividades, estaba ahí, en todas las cosas que hacíamos, pasaba lista y al acabar la actividad nos avisaba de las novedades que estaban por venir. «No se pierdan la excursión guiada a la casa de Victor Hugo, quedan cuatro plazas para cerrar el grupo.» Me miró mientras lo decía. Llevábamos más de un mes viéndonos por la escuela. Sentí un latigazo. Levanté la mano. Me guiñó un ojo y me apuntó en

su libreta gigante. A partir de ese momento, algo dentro de mí supo que todo había cambiado.

La excursión fue un jueves. Salíamos de clase casi a las dos de la tarde y a las cuatro teníamos que estar en la puerta del museo. Quedamos a las 15.45 a la salida del metro Bastille. Tenía un trasbordo en metro desde la escuela. Decidí caminar. Cruzar el Sena. Adoro esos puentes. Hay algo en París que es adictivo. La belleza está por todos lados. Es casi obsceno. Eres espectador y a la vez estás construyendo tu historia. Porque uno sabe que caminar por esas calles va a cambiar su vida para siempre. Aunque en ese momento no lo sepas, tu cuerpo, muy adentro, lo tiene clarísimo.

Paré en mi restaurante favorito, uno muy pequeño en Châtelet. Les dije que tenía prisa.

—La italiana tiene prisa.

Sabían perfectamente que no era italiana, saben que soy española. Se reían con ese equívoco, y a mí ellos me caían muy bien. Me gustaba ser italiana en ese lugar. Los dos camareros eran muy simpáticos. Comí mi menú y me bebí una copa de tinto. Quedaban veinte minutos para la cita con el grupo. Y con Paul.

Me tomé esa copa como brindando por algo. Yo no soy mucho de creer en las premoniciones, ni en las chorradas esotéricas, ni en los horóscopos, ni en ese tipo de cosas, pero debo reconocer que había cierta sensación de inicio de algo bailando por mi cuerpo de no italiana. Sabía que esa excursión iba a modificarlo todo. No sé el porqué, pero lo sabía.

Se me hizo tarde, cogí el metro. Empezaba a llover. En París, o llevas paraguas, o llevas paraguas. A la salida me encontré con el grupo. Paul hacía el recuento de alumnos. Parecía que buscaba a alguien, yo sabía que me busca-

ba a mí. Todos se amontonaban bajo sus paraguas plegables, él adivinaba las caras de la gente y apuntaba los números de sus carnés de estudiantes.

Le toqué el hombro. Me sonrió con la franqueza de un niño.

—Pensaba que me ibas a dejar tirado.

Se le escapó. Estoy convencida de ello. Después de conocerle como le conozco ahora, sé que Paul no dice lo que siente. Cuando le pasa algo, se calla. Se le olvida el francés. Se le olvida que tiene lengua. Se queda encerrado en sus argumentos y en sus ideas. Se le escapó. Un día me lo confesó mientras me abrazaba después de haber follado en el sofá. Follar siempre se nos dio muy bien. Eso lo echo de menos.

Fui descarada.

—Nunca te dejaría tirado.

No hablamos mucho más. Se estaba empapando. Levanté mi paraguas de flores moradas que había comprado en un H&M del centro. Era el segundo que me compraba en un mes. París es una devoradora de paraguas. Se metió debajo, conmigo. Llegamos al museo, compartimos los auriculares de la audioguía. Sentí la electricidad. Él también. Durante tres segundos nos miramos a los ojos. Nos quedó todo claro. Al acabar la visita los demás se fueron por donde habían venido.

—Dice Agathe que te encanta el vino.

—Agathe tiene razón.

—¿Te apetece que te lleve a un sitio?

—¿Está limpio?

—Sí, a mí me lo parece.

—¿Cómo que te lo parece? ¿Está limpio o no está limpio?

—Creo que no entiendo la pregunta.

—Es que me estoy haciendo pis, es para ver si vuelvo a entrar en el museo o si puedo aguantar hasta el bar.

Paul rompió en una carcajada en cuanto entendió el equívoco. «Cerca» y «limpio» sonaban de la misma manera en mi boca de estudiante catalana: *proche* es cerca, *propre* es limpio, yo solo quería saber si iba a tener que controlar mi vejiga durante mucho rato. Y así, hablando de pis y confundiendo palabras, nos enamoramos.

Cuando digo que nos enamoramos, no exagero ni un milímetro. Nos besamos en ese mismo momento y fuimos a ese bar paseando de la mano y cogiéndonos por la cintura.

Sí, el bar estaba cerca, y sí, también estaba limpio. Y nosotros nunca más volvimos a ser los mismos.

Pasamos de cruzarnos por los pasillos de la escuela a ser pareja. París, ciudad del amor. Aunque os aseguro que las francesas no piensan lo mismo.

Yo vivía en una residencia de estudiantes. Él tenía un apartamento muy pequeño por Bonne Nouvelle. En el centro, distrito dos. Tardé tres días en instalarme con Paul. Comíamos, nos queríamos y mi francés mejoraba por momentos. Cuando no nos entendíamos hablábamos en inglés, y la felicidad y el amor hacían que todo fuera muy fácil.

Pero París no es una ciudad sencilla para los que llegamos de fuera, es muy complicado conseguir trabajo; a mí me quedaba poquísimo dinero y volverme a España era lo que menos me apetecía en el mundo. Echaba de menos a mis amigos. Poco más. Pero no tenía ninguna necesidad de volver a Barcelona, no voy a mentir. Agathe y Paul me hacían tan feliz que todo me daba absolutamente igual.

Cuando ya empezaba a estar muy asustada por el dinero, conseguí trabajo haciendo de guía en *tours* para espa-

ños. No es fácil, hay que estudiar muchísimo y tienes que pasar un examen ante una especie de tribunal. Pero salió bien, porque yo estaba predestinada a vivir en París. Lo estaba. Esa sensación me acompañó desde el principio. Sabía que no tenía que estar en ninguna otra parte. Era una certeza.

Me asignaron Montmartre, me aprendí la historia del barrio Rojo, del Sagrado Corazón, del barrio de los artistas, del Moulin Rouge, de Van Gogh... Y durante varios meses, cada día a las cuatro de la tarde recogía a mi grupo de españoles en la puerta de un Starbucks. Del mismo modo que Paul me recogió aquel día a la salida del metro Bastille.

En casa no hubo ningún cataclismo, en casa de mis padres, quiero decir. Hice un Skype con mi madre al poco de estar con Paul, quería contarle que había conocido a alguien y que quizás alargaría mi estancia en París y que ya vería cómo lo haría con el tema del dinero. Me preocupaba que ella pensara que me lanzaba a los brazos del primero con el que me había cruzado, que tuviera miedo de que me volvieran a hacer daño, que sintiera que si me quedaba en París iba a ser difícil vernos, y esas cosas que pienso que piensan las madres.

Ella no pensó nada de eso, me dijo que qué bien y estoy convencida de que en su fuero interno estaba encantada de tenerme lejos, porque a mi madre pocas cosas le agobian más que tener que buscar tiempo para verme y hacer de madre. En serio, no exagero. Sé que no fui una hija deseada, no tengo ningún trauma, de verdad. Lo sé, lo tengo clarísimo desde el día (el único día) en el que hablé de sexo con mi madre en la adolescencia. La ansiedad con la que me dijo: «Utiliza preservativo SIEMPRE, SIEM-

PRE, SIEMPRE» me dejó muy claro que no hablaba conmigo, que en realidad estaba diciéndose a sí misma: «Por no usar preservativo tuviste una hija con veintiún años y se te fastidió todo».

No me importa saberlo, yo tampoco la elegiría como madre. Está bien tenerlo claro. Mi padre se cruzó por detrás de ella en la ventanita de Skype.

—¡Papá!

Se acercó a la pantalla, se acercó tanto que solo le veía la barbilla y la boca. Le conté las novedades, entendió el encuadre de la conferencia porque mi madre le agarró del hombro y le echó hacia atrás, con cara de «pareces imbecil». La detesto cuando le trata así.

—Iremos a verte.

Ella le fulminó con la mirada. Los dos tuvimos claro que eso nunca sucedería. Me preguntó:

—¿Eres feliz?

—Mucho, papá.

—Me alegro, cariño. Te dejo, que empieza el fútbol.

—Claro, papá. Un beso.

—A ver, dime algo en francés.

Le iba a decir que estaba muy guapo con esa barba que se había dejado. Pero no pude.

—Bueno, venga, ya hablamos la semana que viene. Mantennos informados de cómo te va todo. Un beso. Cuídate.

Mi padre gesticuló con los brazos para despedirse, y ella colgó Skype. Nunca seré madre. Y nunca seré tía, porque soy hija única. A no ser que me case con alguien que tenga hermanos. Siempre quise tener un hermano. Intuyo que mi madre se ligó las trompas después de nacer yo. Lo siento, no quiero hablar más de esto.

Y así se formalizó mi vida de parisina. Paul, Agathe y yo

salimos a celebrar que me quedaba en la Ciudad de la Luz, y nos bebimos el mundo esa noche y por momentos sentí que la vida era realmente maravillosa. Paul me presentó a los pocos amigos suyos que me quedaban por conocer en una comida al día siguiente. Allí conocí a Anne, también estaba Aline, aunque a ella ya la había conocido antes. Esa misma noche, con el alcohol de los dos días circulando por mi cuerpo y con las hormonas de la ovulación invadiendo mi organismo, me senté al borde de la cama deshecha y lloré pensando en que mi madre no me quería. Paul se plantó frente a mí, se levantó la camiseta y me cubrió la cabeza con ella. Mientras se frotaba su falsa barriga con las manos, despeinándome contra su cuerpo, me dijo:

—Ahora mismo estoy embarazado de ti, te voy a parir, voy a ser tu madre y te voy a querer.

Paul, a veces, era maravilloso. Me sacó de debajo de su camiseta con tanto amor que aún lloré más, nos desnudamos, puso voz de Darth Vader, me dijo: «Yo soy tu madre», me reí mientras lloraba, me explotó el corazón y me lo follé como nunca.

—Paul.

—Mmm.

—Es la una de la tarde. Tenemos que hablar.

—No seas pesada.

Volví a sentir ganas de darle una patada. Estaba tan cabreada que grité como una loca.

—*RÉVEILLE-TOI!!!!!!*

Me miró con el mismo asco con el que yo le miraba a él.

—No me vuelvas a gritar en tu vida.

—Levántate.

—¿Qué te pasa?

—¡¿Qué te pasa a ti con Aline?!

—No es el momento de hablar.

—No se me ocurre un momento mejor, la verdad.

Me agarró del brazo, se levantó de la cama y me tiró al colchón.

—A veces no te soporto.

Me levanté de la cama, le seguí, se metió en el baño a mear. Entré en el baño, no podía quedarme quieta, Paul resopló. Meó mientras movía compulsivamente la pierna derecha, sacando energía por ahí para no pegarme un grito, supongo. Cuando acabó, pasó por mi lado como si yo no existiera. Se metió en la cocina. Le seguí. Me planté detrás de él. Se dio la vuelta.

—*C'est fini, je crois que je ne t'aime plus.*

No hace falta estudiar francés para entender esta frase.

En ese momento dejamos de gritarnos. Me tendió la mano. Yo me quedé quieta, como un gato delante de los faros de un coche. «Otra vez mudanza, ¿qué hago? ¿Vuelvo a Barcelona? ¿Qué haré este verano? ¿Otra vez mudanza? ¿Por qué ahora solo quiero besarle?»

Se acercó despacio y me abrazó. Me pidió perdón por haberme tirado a la cama. Yo seguía quieta. Me dijo que yo ya sabía que si estaba enfadado, no tenía que seguirle por toda la casa, que eso le ponía nervioso. Que sentía haberme gritado. Que sentía lo de anoche. Que era verdad, que teníamos que hablar. Que anoche se acostó con Aline. Que cuando yo me fui, se fue con ella a su casa. Que Anne los pilló besándose en el ascensor. Que le dijo que o me lo decía él o me lo decía ella. Que Aline no quería hacerme daño, que yo le caía muy bien. Ahí volví a querer pegarle una patada. Me aparté. Preparamos café. No lloré.

Me dijo que no era verdad lo de que ya no me quería. Que sí me quería. Pero... «¿Puedo ser sincero?», me preguntó. «Claro», dije yo. «Pienso en ella todo el rato. No sé qué me pasa. Hace siglos que la conozco. Nunca me había ocurrido. Y desde el fin de semana que pasamos en la casa de campo todos juntos, solo pienso en ella.»

—¿Solo piensas en ella?

—Es una forma de hablar.

Era una forma de matarme.

—Pero sí te quiero.

—Pero ya casi nunca quieres acostarte conmigo.

—Porque me siento mal.

—No te hagas el sensible.

—Creo que es mejor que dejemos de vernos por un tiempo.

—Yo también lo creo.

Tenía mucho frío. Me puse su sudadera gris con dibujos geométricos en el centro. Era su favorita. Se iba a joder porque me la iba a llevar. Y no estaba en condiciones morales de prohibírmelo. Hice una bolsa, llamé a Agathe. Me pasó a buscar en su coche. Nos dimos otro abrazo.

Creo que él tenía una erección.

Me metí en el ascensor. Cogí mi teléfono. Teníamos un grupo de WhatsApp, los amigos de Paul, Paul y yo. Escribí:

«Anne, tu es vraiment une très bonne copine. Merci de tout coeur. Si quieres podemos tomar un vino esta semana».

Ella me mandó un corazón.

«Aline ha abandonado el grupo.»

Después lo abandoné yo.

En casa de Agathe no había mucho espacio. Los apartamentos parisinos son pequeños, tan pequeños que al final un piso de treinta metros te parece una finca. Pasé allí diez días, hasta que decidí que volver a Barcelona era la mejor opción por el momento. Había hablado con la empresa de los *tours* y me habían dicho que me guardaban la plaza. Necesitaba replantearme mi vida. En aquel apartamento tan pequeño era imposible. No cabía mi cabeza. Suficiente era que cupieran mis dos maletas grandes.

—Hoy me ha preguntado por ti.

—¿Cómo le has visto?

—Más delgado.

—Que se joda.

Agathe se rio. Y abrió un vino.

—Pues sí, que se joda.

—¿Y te ha dicho algo más?

—Le da miedo cruzarse conmigo por los pasillos. Sabe que lo sé todo. Y le miro como si fuera a fulminarle, eso tampoco ayuda.

—¿Crees que la sigue viendo?

—No lo sé, *chérie*.

—Ya...

—¿Qué vas a hacer?

—Creo que voy a volver a Barcelona por un tiempo. Necesito poner distancia, y necesito dejar de tener miedo de cruzarme con él.

—Me parece bien.

—Te voy a echar tanto de menos, Agathe.

—Y yo a ti, *chérie*... No quiero ni pensarlo. Maldita española.

Nos dimos un abrazo, empezamos a buscar billete. En-

contré una ganga para dos días después. La compré. Me sentí tan triste que vomité.

—Quiero invitarte a cenar.

—No hace falta, si estás enferma.

—No, es de nervios, necesito celebrar algo. Necesito celebrar.

Lloré como una cocodrila. Y ella me hizo una foto con su Polaroid. No me la enseñó. La guardó en un sobre. Y me dijo que cuando llegara el momento me la daría. No discutí. Me daba absolutamente igual. Nos pintamos los labios de rojo y nos fuimos a cenar y a bailar. Nos encontramos con dos amigos de Agathe en la segunda discoteca en la que entramos. Nos reímos mucho. Yo por un momento me olvidé de Paul y de que volvía a Barcelona. Acabé en casa de Vincent. Oí cómo Agathe le pedía que me cuidara. Me cogí de su mano y salí del local, antes de cerrar la puerta me di la vuelta. Allí estaba ella, bailando y despidiéndome con la mano. Las luces la hacían aún más bella. Me entró un ataque de amor. Solté la mano de Vincent y corrí hacia ella. La levanté en el aire, me rodeó con las piernas. Le dije que era lo mejor que me había pasado en la vida. Lloramos las dos. Vincent se acercó. Dijo que éramos «*trop mignonnes*» y me dio un beso en la boca, me supo a gloria. Abrazó a Agathe, se adoraban, se conocían desde pequeños, como Paul y Aline, no iba a pensar en eso. Le agarré de la mano y me lo llevé fuera.

Y bueno, pues ya lo he dicho, acabé en casa de Vincent.